

C. 524

4

COLECCION UNIVERSO

EL CARDENAL
CIGNEROS



EDICIONES ESPANA

Cat 524/14

R
61630

CONDUCTORES DE PUEBLOS



EL CARDENAL CISNEROS

Más de un comentarista, analizando la figura y la obra de Cisneros—de fray Francisco Jiménez de Cisneros—, ha dicho de él que fué, en el fondo, un relevante conductor de pueblos, y la definición, a nuestro juicio, no puede ser más acertada. El ejemplo conduce, educa, enseña y guía, y la existencia de Cisneros, de quien, queriendo no ser nada, llegó a las cumbres del poder, no es otra cosa que un ejemplo tanto de voluntad como de méritos geniales. Aun en sus desaciertos, que los tuvo—pero no del volumen que creen algunos, si se valoran con discreción las exigencias y turbaciones de su época—, se encuentra un buen deseo, y hasta esto enaltece sus cualidades, que fueron muchas y grandiosas. Quieran o no sus detractores, todo es extraordinario en este hombre.

Su vida está repleta de interés. Nació en un pueblo de Madrid—Torrelaguna—el año 1436. Es de origen humilde. El padre fué un hidalgo sin hacienda. Pero, austero de suyo, quiso que su *pequeño*, despierto, vivo e inteligente,

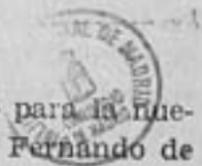
cultivase el espíritu, y, haciendo grandes esfuerzos, procuró que estudiara. Primero Alcalá de Henares; seguidamente Salamanca, donde se graduó de bachiller en derecho canónico y civil, y, por último, Roma, para ampliar estudios, robusteciendo al mismo tiempo su carrera eclesiástica. Acumuló ciencia y saber. Cuando llevaba allí seis años, muere en el pueblo su anciano padre, que deja los negocios y la casa en mal estado, y él, a la fuerza, vuelve a Torrelaguna, aunque trayéndose una bula pontificia— premio a sus condiciones nada comunes—, «por la que se le confería el primer beneficio de cierta congrua que vacase en el arzobispado de Toledo». Atento a esto, algún tiempo después, posesionóse del arziprestazgo de Uceda, que había quedado libre; pero, por desventura para él, el arzobispo don Alfonso Carrillo, quería dicha prebenda para un recomendado y le pidió a Cisneros que la cediese. Y he aquí, con tal motivo, que el temple de Cisneros, inquebrantable y rudo en sus decisiones, comienza a revelarse: negóse a los deseos del superior. Le pertenecía el arziprestazgo. El primado insistió, trató de persuadirle, le hizo promesas y amenazas, pero todo fué inútil. «Lo de Uceda era suyo.» En vista de ello, el prelado, indignado, mandó prenderle y le condujo a Santorcaz, en cuya torre—prisión de discolos y rebeldes—, le retuvo varios años, al cabo de los cuales, como continuase el detenido en su actitud—sin transigir ni doblegarse—, rectificó Carrillo. Y Cisneros, ya libre, se fué a su arziprestazgo. No había ocurrido nada...

Cambia su estrella. Arcipreste de Uceda, se le propone permutar por otro beneficio—por la capellanía mayor de la catedral de Sigüenza—y acepta gustosísimo. A la sazón, ocupa el obispado otro gran hombre—Pedro Gonzá-

lez de Mendoza—, y ambos, al conocerse, congenian y se estiman. Fuerzas iguales se comprenden. Sabios los dos, amantes uno y otro de los dones morales, se compenentran fácilmente. El obispo, en seguida, designalo para vicario general, y Cisneros, vicario, pone a contribución su competencia. Organiza, gobierna, sin vacilar ni equivocarse... Su rumbo, sin embargo, no era aquél. Cada día más profundo, más dentro de su ciencia y de su alma, siente aversión por todo lo mundano, y, sin oír consejos ni opiniones contrarias, abandonó su posición para tomar el hábito de los franciscanos observantes—la regla más severa—en San Juan de los Reyes, de Toledo. Se distinguió rápidamente. Su rigidez en la observancia de la regla, sus mortificaciones, que sorprendían a los mismos conventuales, cuanto hacía, en resumen, tenía un sello distinto y personal; sano y bendito hasta lo increíble. Se hizo famoso pronto, ya profeso; cuando ejercía en el púlpito tenía un concurso inmenso. Purificaba su palabra. A disgusto con ello, porque quería más soledad y penitencia, solicitó otro sitio—el convento del Castañar, apartado y sombrío—, y allá se fué. Edificóse él mismo una cabaña, y, entregado a su fe, entre maceraciones y abstinencias, con hierbas y agua por alimento, y estudiando día y noche, vivió una temporada. Por su gusto, sin duda, hubiera sido interminable; pero sus superiores, necesitando de él, le trasladaron al convento de Salceda, donde, por sus virtudes, fué nombrado guardián, cargo que, en parte, le apartó de su vivir contemplativo.

• • •

1492. Rendición de Granada. Es designado para la nueva diócesis el confesor de doña Isabel, fray Fernando de



Talavera, y la reina, para substituirle, es decir, para elegir otro confesor, consulta al cardenal de España, que lo era ya, por muerte de Carrillo, Pedro González de Mendoza. Este no se ha olvidado de Cisneros, al que trató en Sigüenza. Cree, además, que Cisneros—aunque ése sea su gusto—, malogra dotes excepcionales con su modestia, y, al verse consultado por la reina, que sabía calar hondo en los valores, se apresuró a nombrarle. Isabel quiso oírle. El guardián de Salceda, sin saber para qué, fué requerido por el primado, y acto seguido que llegó se lo llevó a la soberana. No se inmutó. Era sencillo e imperturbable. Doña Isabel le preguntó, inquirió, buceó, dijole cuanto quiso, y él respondió cumplidamente. No vaciló un solo momento. Y, días después, sin que lo sospechase fray Francisco Jiménez de Cisneros, era nombrado confesor de Isabel de Castilla. No envaneciése. Le disgustó más bien la distinción, e hizo una salvedad para aceptarla, a saber: «que todo el tiempo que no necesitara para el cumplimiento de sus nuevos y sagrados deberes, se le habría de permitir observar las reglas de su instituto y consagrarse a sus ejercicios de devoción y de piedad». Fue complacido... Por entonces tenía cincuenta y cinco años. La aparición inesperada de Cisneros impresionó a los cortesanos. Unos, los envidiosos, le censuraron, y otros, que conocían sus dotes de humildad, temieron su derrota. Por fortuna, Cisneros era leal a su grandeza, y no tardó en ganarse a unos y a otros, sin trastornar ni un ápice la sencillez gloriosa de sus ideas. Por su parte, la reina, que penetró en sus méritos, no pensaba ni hacía sin consultar al confesor. Comenzó a dominar...

Por su celebridad, al poco tiempo, le nombró provincial

el capítulo de su Orden, y, obediente a la misma, vió todos los conventos de Castilla. Hizo su recorrido siempre a pie, a pesar de sus leguas, que eran muchas, y mendigando, asimismo observando en todo instante, como si fuese el último y el más humilde de los religiosos, las exigencias de las reglas. De sus visitas, para su mal, sacó la conclusión de que las casas y comunidades de regulares, dadas a un desenfreno inadmisibile, pedían a gritos una reforma, algo que las dotase nuevamente de disciplina, y al volver a la corte expuso su proyecto, el mismo, en realidad, que fué aceptado por los reyes, católicos y honestos como nadie. Se recabó del papa, Alejandro VI, el breve necesario, y otorgado que fué, el confesor Cisneros púsose a refrenar las ligerezas de los suyos, labor llena de espinas, pero que prosperó por su tesón. Dado estaba a su obra cuando ocurrió que el cardenal Mendoza, por fallecimiento, dejó vacante su alta silla, o sea la mitra de Toledo. Isabel, meses antes, que previó tal suceso, dió jale al mismo cardenal que señalase un sucesor, y el cardenal, sinceramente, volvió a indicar al franciscano. Nadie lo merecía como él. En efecto, muere Mendoza, e Isabel, contra el deseo de otros, contra el deseo de su propio esposo, que pretendió darle la mitra al arzobispo de Zaragoza, hijo bastardo suyo, propuso para el cargo a su confesor; solicitó, con tal motivo, las bulas correspondientes, y, una vez que llegaron, llamó a Cisneros y se las dió a leer. Cisneros, que desconocía todo lo hecho por la reina, quedóse turbadísimo, y aun mucho más cuando leyó lo que decía el sobre: *«A nuestro venerable hermano fray Francisco Jiménez de Cisneros, electo arzobispo de Toledo.»* «Señora—repuso acto seguido y con

brusquedad, al par que devolvía el sobre—, *estas bulas no son para mí.*» Y abandonó la regia cámara. Doña Isabel, complacida con aquel arranque de abnegación, dejóle ir de momento, para luego alarmarse y proceder en consecuencia.

Cisneros no fingía. Contrariado por lo ocurrido, tomó la decisión de abandonar Madrid, y quienes, por mandato de la reina, salieron en su busca, halláronle a tres leguas, alejándose a pie en compañía de otros dos religiosos de su Orden. Los mensajeros fracasaron. Cisneros no volvía. «Se habían equivocado tanto la reina como el Papa. El no reunía las condiciones necesarias para un cargo tan grande; él quería su pobreza, su austeridad y su retiro.» No hubo manera de vencerle, permaneciendo en su actitud cerca de un año. Isabel, por su parte, intercedió de nuevo con el pontífice, y éste, en segunda bula, sin exhortarle ya, sino imponiendo su autoridad, logró que el franciscano transigiese: «mas no sin la condición de que las rentas de la Iglesia vinculadas al sustento de los pobres no se habían de distraer a otros usos y objetos», condición que los reyes le aceptaron sin salvedad alguna. Fué consagrado al fin, y pronto, desde su silla arzobispal, dió pruebas inequívocas de que la había aceptado para obrar y llevarla con absoluta independencia. Pedro Hurtado de Mendoza, hermano del cardenal difunto, desempeñaba el adelantamiento de Cazorla, que, desde los días de San Fernando, pertenecía al primado de Toledo, y, temeroso de perderlo, movió todo su influjo a su favor. Fuéronle al arzobispo a recomendarlo, no una vez, sino varias, ya en últimas como enviados de los reyes y respondió Cisneros: *«El arzobispo de Toledo debe disponer libremente, y no por recomendaciones, de los empleos que le pertenecen; los reyes, mis señores, a quienes respeto, podrán enviarme a la celda de donde me sacaron, pero no obligarme a hacer cosa alguna contra mi conciencia y contra los derechos de la Iglesia.»* Por tamafía respuesta,

los valedores de Mendoza, incomodados, quisieron indisponerle con la reina; más a ésta, que era también todo un carácter, le satisfizo la entereza del prelado. Poco tiempo después, en el alcázar de los reyes, vió el arzobispo al recomendado, que, resentido, huía de él, y le llamó *adelantado de Cazorla*. Turbóse el aludido, y Cisneros, acercándose, añadió: «*Si, adelantado de Cazorla; ahora que estoy en plena libertad os confirmo en este cargo, que no he querido dar a ningún otro, por seros debido de justicia. Espero que en adelante serviréis al rey, al Estado y al arzobispo como antes lo hicisteis.*» Huelga decir, siendo conocida la fidelidad de los Mendoza, que Pedro Hurtado le fué leal toda la vida.

Cisneros sorprendía constantemente; era inflexiblemente personal. Con el báculo apostólico posesionóse de los cuantiosos bienes que poseía la mitra de Toledo, primada de España, y él siguió siendo, por su aspecto, el franciscano humilde; continuó con su sayal de San Francisco, viajaba a pie con su bastón de peregrino, comía parco y frugalmente y reposaba en un camastro. «Ni decoraban tapices las habitaciones de su palacio, ni se veían ricas vajillas en su mesa, ni cubrían su lecho telas de seda, ni aun de lino, y las ventas del arzobispado se repartían la mayor parte entre los pobres.» Fué requerido, con tal motivo, por el pontífice «para que guardase las formas y maneras correspondientes a su elevada posición, a fin de que ni su dignidad ni su persona se rebajaran en la estimación del pueblo», y el arzobispo, obediente siempre a la Santa Sede, cambió por completo en su exterior. La sobriedad se convirtió en magnificencia; entre detalles parecidos, instaló en su cámara un lecho suntuoso, pero él continuó durmiendo en un jergón de paja; servíanle los manjares más suculentos, ninguno de los cuales osó probar, y sobre sus vestidos arzobispales puso pieles de armíño, sin que a sus carnes le faltasen la camisa de lienzo y otras prendas análogas prescritas por el funda-

dor de su Orden. Lo externo, sin embargo, no podía ser más rico, y, a la vista del cambio, quienes le censuraron antes la pobreza le criticaron luego la ostentación. Por ventura, sabio de muchas cualidades, conocía la miseria de las murmuraciones, y nunca preocupóse de las mismas. No malgastaba el tiempo. Su palabra era acción, y con la acción venciólo todo, hasta la envidia de sus rivales. Con su proyecto de reforma, en relación con las comunidades religiosas de ambos sexos, que él veía desviadas—arduo proyecto que propugnó siendo arzobispo, con mucha más firmeza—, hubo de demostrar una paciencia y un fervor ilimitados, pues hallaba enemigos en todas partes, pero venció al final, «y quedaron—dice uno de sus biógrafos—pocos monasterios donde la observancia no se restableciese, con gran contento del arzobispo y edificación de los pueblos, que se hicieron muy devotos con los grandes ejemplos de penitencia y de piedad que recibieron del nuevo orden». Logró luego lo propio del clero secular e hizo un enorme beneficio.



1499. Seguía siendo arzobispo de Granada fray Fernando de Talavera, que fué nombrado para dicha diócesis cuando Granada se entregó al poder cristiano. El ilustre prelado, respecto a la conversión, hacía entre los moriscos una labor magnífica, pero llevada lentamente. Censuraba tal lentitud, aparte de otros, el primado de España, y éste, o sea Cisneros, el mencionado año se presentó en Granada acompañando a los monarcas, y él quedó luego allí sin otro objeto que el de activar las conversiones. En efecto, bien por medios enérgicos, bien por otros más blandos y persuasivos, llegó a reunir tantas demandas de bautismos, que, siéndole imposible facilitar el agua santa de uno en uno, hubo de recurrir a derramarla con el isopo sobre grupos nutridos. Sin embargo, ciertos moros notables, molestos con la conducta diligente del primado, la cual, según los moros, era contraria a lo pactado con los

reyes, que se obligaron a respetar ideas y usos, soliviantáronse contra Cisneros. Pero Cisneros, firme siempre, lejos de amilanarse redobló sus medidas «ya no sólo contra los infieles, sino contra sus libros, y recogiendo de las bibliotecas públicas y de las librerías particulares cuantas obras arábicas halló, sin atender a nada, hizo con todas una hoguera y las quemó en la plaza de Bibarrambla, reservando sólo unas trescientas que hablaban de medicina para la biblioteca de su colegio de Alcalá». El hecho, incomprensible en él, es quizá el error máximo que le han echado en cara los historiadores y fué, asimismo, entonces, lo que colmó la excitación de los musulmanes, los cuales, con un motivo fútil, se insurreccionaron días después contra el propio Cisneros, al que intentaron asesinar. El tumulto fué grave. Enterados los reyes, amonestaron al arzobispo por vez primera, y el primado Cisneros se apresuró a expresar su plan, tan franca y pulcramente habllidoso, que los monarcas, convencidos, rectificaron su disgusto. Con razón o sin ella—es lo evidente—Cisneros llegó a triunfar, y al fin de varias revueltas y colisiones, gravísimas algunas, se estableció en España, como quería, la unidad religiosa. Su papel, por lo tanto, crecía en prestigio día tras día.

Muere doña Isabel. Su sucesora, doña Juana, casada ya con el archiduque don Felipe, es proclamada reina de Castilla; pero, poco después, por lo anormal de su estado físico, es incapacitada para el trono, y se le confiere la regencia al rey Fernando, padre de doña Juana. Ciertos nobles se manifiestan partidarios de don Felipe y hay descontentos y divisiones en la Corte, malestar que se agrava porque el rey de Aragón, viudo de la Reina Católica, vuelve a casarse. Don Fernando, sagaz de suyo, percibe el descontento, que iba directamente contra él, y declina el gobierno de Castilla a favor de su yerno. Este, mejor dicho, triunfa Cisneros, que era su defensor. Al verse rey, Felipe puso todo su empeño en recluir a doña

Juana; pero falló en este propósito. La verdadera reina de Castilla, loca o no, tenía sus valedores. El archiduque, entonces, dióse a su vida licenciosa—proverbial de sus gustos—, y el arzobispo que antes lo defendiera, le retiró su apoyo, incluso rebelóse contra él, llegando a hacer pedazos una orden del rey, al que después amonestó severamente. Logró imponerse a todos. Cuando de nuevo se reinaba diestramente, muere el joven monarca Felipe I de Castilla. Esto crea una situación muy complicada; pero allí está Cisneros, que la resuelve, de momento, con la constitución de un consejo de regencia, del cual es presidente. Se llama a don Fernando. Ante la perspectiva de que vuelva, se insurreccionan algunos nobles de valía, y esto promueve serios disturbios y obstáculos de bulto, que Cisneros, leal siempre a sus reyes, contiene y salva con decisión. Por fin, Fernando, que hizose desear, optó por acudir al llamamiento, y efectuólo tan hábilmente que su presencia terminó con todos los disgustos. A su llegada a España, pues procedía de Italia, invistió al arzobispo de Toledo con el capelo cardenalicio, que el mismo rey impetró del papa, celebrándose solemnemente la ceremonia en Santa María del Campo. Algunos meses antes, además, Cisneros, por renuncia del arzobispo de Sevilla, había sido nombrado Inquisidor general de Castilla y de León. Iba siéndolo todo.

Se hizo, a despecho suyo, un estadista extraordinario, pues, consultado asiduamente, hubo de resolver muchos problemas de importancia, y aficionóse a gobernar, y aun más que a gobernar, a dirigir y dar ideas, siempre con el deseo de producir un beneficio: de mejorar y engrandecerlo todo. Con semejante mira, en vida de Isabel, propuso y defendió que se debía ensanchar el territorio patrio con las ciudades de la costa berberisca, para lo cual, convencida la reina, tomáronse ciertas medidas pertinentes; pero, estándose en ello, murió la soberana y se aplazó la expedición. Poco después, Cisneros, le recordó

al viudo don Fernando su proyecto y, como vía de ensayo, se realizó un asalto a Africa y se ganó la plaza y fortaleza de Mazalquivir, próxima a Orán. Casi seguidamente, dentro del reino, hubo dificultades que atender, y pasado algún tiempo, con don Fernando de regente, el cardenal—pues ya lo era—tornó a insistir en su propósito. Sus años, que eran muchos, no le restaban entereza. Venció cerca del rey. Ambos de acuerdo, como primera providencia, aparejóse una buena flota, de cuya provisión y orden se encargó el propio Cisneros, y, dispuesta la misma, se dirigió a batir a los piratas del litoral, cosa que efectuó brillantemente, conquistando, de paso, otro punto africano: el Peñón de la Gomera. Con tan buenos auspicios, el cardenal instó al monarca para que resolviese la conquista de Orán, plaza opulenta y de importancia suma en relación con el mercado de Levante; pero Fernando opuso que había escasez de fondos, y Cisneros, audaz, comprometióse a anticipar de las cuantiosas rentas de la Iglesia el total de los gastos e incluso a dirigir la expedición, yendo a todo en persona. Fué persuadido el rey e hizo un pacto. El cardenal iría a Orán.

Activo y decidido como nadie, el septuagenario prelado dispuso en poco tiempo lo necesario, reuniendo en Cartagena, hacia la primavera de 1509, una potente armada compuesta de diez galeras y otras ochenta naves, que llevarían hasta catorce mil hombres. Hicieron, asimismo, considerables provisiones de boca y guerra y confióse el mando técnico al general Pedro Navarro. En realidad, desde un principio, no hubo armonía ni comprensión entre Navarro y el cardenal; pero entusiasta e inflexible el gran Cisneros, no arredróse ante nada, e impuso, al fin, orden y disciplina, zarpando con la flota, rumbo a Africa, a mediados de mayo. Un día después, el 17, llegaron a Mazalquivir. Los moros denunciaban con sus fogatas que no se hallaban inadvertidos. No obstante, el arzobispo expuso su deseo de que las fuerzas se moviese sin pérdida

de tiempo, y, a tenor de eso, las tropas comenzaron a ordenarse. Se iba a buscar al enemigo. El cardenal, montado en una mula, recorría las filas. Vestía los hábitos pontificales y llevaba una espada. Le rodeaban sacerdotes y religiosos, yendo entre éstos, sobre un caballo blanco, el franciscano fray Fernando, con el tahalí y la espada en un costado y en la mano el estandarte arzobispal. «El venerable primado—dice un cronista—, después de ordenadas las tropas, subió a un repecho, desde el cual les dirigió una enérgica arenga, exhortándoles a pelear con esfuerzo contra aquellos infieles que habían querido esclavizar a España, y a penetrar animosos en la ciudad y sacar de las mazmorras a los cristianos que tenían cautivos y a quienes sus madres esperaban ansiosas de abrazarlos. *Yo quiero—añadió—, tener parte en esta victoria, y seré el primero en el peligro, porque me sobra aliento para plantar en medio de las huestes enemigas esta cruz, estandarte real de los cristianos, que vais delante de mí, y me tendré por dichoso de pelear y morir entre vosotros, como muchos de mis predecesores lo han hecho.*»

Inflamó a sus guerreros con su palabra y bizarría; mas antes de lanzarse a la pelea, los jefes, expertos y prudentes, pudieron convencer al cardenal para que se quedase en Mazalquivir, pues su presencia en la refriega, más que alentarlos, les podría entorpecer. Persuadido, bendijo a los soldados y retiróse a orar. Atardecía. El general Navarro, viendo esto, quiso dejar pasar la noche, se lo indicó a Cisneros y éste le respondió: «*Atacad al enemigo sin dilación ni miedo, porque estoy cierto de que vais a ganar hoy una gran victoria.*» La predicción animó a Navarro y optó por obedecer inmediatamente. En efecto, ordenó el ataque, tal como habíase concebido, valiéndose de todo—de sus fuerzas terrestres y navales, que iban preparadas de artillería—, y, aunque los moros se batieron con fiereza, los castellanos, bravos y decididos como leones, tomaron pronto las murallas, apoderándose de los puentes

y el ejército entero entró en Orán. La profecía se había cumplido. Llegado el día, el general avisó a Cisneros para que fuese a posesionarse de la ciudad, y el cardenal, al día siguiente, partió en una galera, siendo enorme su gozo al divisar, sobre los alminares conquistados, los pabellones de la Cruz. Fué recibido por los soldados como el verdadero vencedor y él respondía modestamente: «No a nosotros, Señor, sino a vuestro santo nombre se debe dar la gloria.» «El gobernador de la alcazaba—puntualizan las crónicas—le presentó las llaves de la fortaleza; púsose a su disposición la riqueza y botín de la ciudad, que ascendía a una inmensa suma; pero Cisneros, no queriendo nada para sí, mandó que se reservara todo para el rey y para el sustento de la tropa.»

El cardenal, entusiasmado, concibió nuevos planes para ampliar aquella conquista, que muchos reputaron de milagrosa, e inesperadamente, ocupándose de ello, el general Navarro y él, por la rudeza del primero, rompieron la armonía. El general se insolentó y el cardenal, humildemente, no repuso palabra. Pero llegó una carta del monarca, dirigida a Navarro, que el insigne prelado, al conocerla, interpretó desfavorablemente para él, y resolvió *ipso facto* volver a España, conduciendo consigo varios criados, unos esclavos moros con camellos cargados de piezas de oro y plata, que separó Cisneros del botín para entregárselos al rey, y una preciosa colección de libros árabes de astronomía y medicina que destinaba a su colegio de Alcalá. Llegado a España, en diferentes sitios pretendieron agasajarle públicamente, y él rehuyó todo halago. No quería nada para él. No obstante, como compensación al gran servicio que había prestado, los elementos díscolos y codiciosos, con argumentos nimios, hicieron lo posible por que Fernando se pronunciase contra él, y hubo de resignarse el gran Cisneros a soportar ingratitudes e injusticias. Lo impacientó sólo un extremo, contra el cual rebelóse, y es que el regente, azuzado por



otros, quiso negarse a liquidar lo que Cisneros había prestado para la expedición a Africa. «De ninguna manera; pertenecía a la Iglesia.» Por último, aunque humillándole diferentes veces, «el rey determinó satisfacerle sus anticipos; el Cardenal le dió las gracias, y sin mostrar resentimiento por la conducta de su soberano, siguió respetándole y sirviéndole como antes.

• • •

Durante varios años, hasta la muerte del Rey Fernando, que ocurrió en enero de 1516, estuvo dedicado exclusivamente a las exigencias espirituales y piadosas de su diócesis y al engrandecimiento de su Universidad. Fundada ésta por él en Alcalá de Henares, su ciudad predilecta, dicho instituto de cultura le glorifica eternamente. «Merced a sus medidas—escribe uno de sus biógrafos—, los estudios de Alcalá florecieron rápidamente hasta competir con los de Salamanca, y cuando a los veinte años de su apertura visitó Francisco I de Francia aquella Universidad, salieron siete mil estudiantes a recibirle, y dijo admirado aquel monarca que *Cisneros había ejecutado solo en España lo que en su país había tenido que hacerse por una serie de reyes.*» Otra vez, Don Fernando, con ánimos de censurarle, se presentó en dicho Colegio, y ante las grandes cosas que observó tuvo que demostrar su asombro. «Señor—le dijo el Cardenal—, *mientras vos ganáis reinos y formáis capitanes, yo trabajo para formaros hombres que honren a su patria.*» Ni exageraba ni mentía. Otra gran obra, por la que, juntamente con la creación de la Universidad, quedó su eximio nombre inmortalizado, es la *Biblia Polyglota*, famosa en todo el mundo. «La Europa entera se quedó asombrada de que

tales tiempos y a través de tan inmensas dificultades se hubiera llevado a complemento en España un trabajo tan gigantesco como obra literaria y como obra tipográfica.» Para gloria de todos, los manuscritos, en contra de lo dicho por algunos historiadores extranjeros, se conservan en la biblioteca de la Universidad de Madrid.

Esta genial figura de Cisneros, al morir el Rey, por disposición testamentaria del mismo fué nombrado regente hasta que poseyese la Corona su nieto el príncipe Carlos, heredero del trono cuando muriera Doña Juana. Con edad avanzada—octagenario ya—, mas con tantos deberes que atender, cumplió en todo momento con energía y prudencia extremas. Se suscitaron cien problemas, a cuál más grave, y todos los salvó, con el deseo expreso de respetar la voluntad de Don Fernando, favorable a Don Carlos, que aún se encontraba en Gante, desde donde—anticipándose a proclamarse Rey, puesto que aún vivía su madre, Doña Juana—instó a Cisneros para que hiciese él lo mismo—proclamarle en España—, cosa que, al fin, hizo Cisneros, exponiéndose a mucho. En efecto, varios magnates de Castilla, disgustados con él, acogíendose a aquel desliz, que realizó estimándolo prudente, se acercaron al Cardenal para decirle que «en virtud de qué poderes gobernaba a su antojo», a lo que dió finas respuestas; mas advirtiéndole que los nobles, tercios en su actitud, seguían sin darse por contentos, los condujo a un balcón para decirles con firmeza, luego de señalar hacia la guardia armada que había frente a palacio: «*Esos son mis poderes.*» No toleraba la menor intromisión. Pusieronse los nobles contra él y él los venció, creando, con tal motivo, una *milicia ciudadana* que, andando el tiempo, resultó precursora del ejército permanente.

Como administrador o gobernante, hizo grandes reformas de un sentido político admirable. Tuvo, por otro lado, que sostener dos guerras, triunfando en la importante, de la cual emanó que Navarra, para siempre, continuase unida a España. Obró, concretamente, como un gran estadista; pero los descontentos, los que perdían mercedes no ganadas, principalmente los extranjeros que protegía el Monarca, hicieron lo posible por indisponerle con el que había cuidado de su Estado como nadie, y cuando, al fin, el Rey pisó suelo español, se condujo tan mal con el prelado, que éste, muy viejo ya y dolido, no pudo resistir la ingratitud, muriendo el 8 de noviembre de 1517, luego de pronunciar las palabras del salmo: *«In te, Domine, speravi.»*

«Así acabó—reassume Lafuente—la larga carrera de su vida aquel esclarecido personaje, que desde la humilde vivienda de una solitaria casa religiosa había sido elevado en alas de su mérito a la más alta categoría de un Estado, hasta regir la más vasta y poderosa monarquía que entonces se conocía en el mundo. Todos los castellanos que amaban su patria y no pensaban medrar a favor del desorden sintieron y lloraron su muerte. Su cadáver, adornado con las vestiduras pontificales, estuvo expuesto en su aposento bajo un dosel, y las gentes de todas clases acudían en tropel a besarle a porfía los pies y las manos. Objeto de profunda veneración por su piedad y sus virtudes, es el único gobernante, dice un escritor extranjero, a quien los mismos contemporáneos hayan honrado como a un Santo, y a quien durante su administración haya el pueblo atribuído el don de hacer milagros.»



1017826